

RETIRO: “MARÍA EN EL NUEVO TESTAMENTO”

V.- HUIDA A EGIPTO Y REGRESO A NAZARET.

(Extraído de las revistas “Orar”, “Dabar”, “La Casa de la Biblia”, material de ACG, y otros)

VER:

A lo largo de los años, una religiosidad mal explicada y mal entendida ha alejado a María de nosotros, idealizándola, convirtiéndola en un ser lejano, inalcanzable, totalmente irreal y haciendo de Ella sólo objeto de culto.

Hoy, en esta nueva evangelización a la que estamos convocados, necesitamos recuperar a la María mujer, hermana nuestra en la carne. María no es un ser celestial que, por así decirlo, haya caído del cielo entre los hombres al objeto de traerles la salvación en su Hijo.

María es de los nuestros, procede de esa tierra de Israel de la que Ella es verdaderamente hija. María participa de la larga preparación creyente de su pueblo, de los anawin, los pobres de Yahvé, lo cual le permite responder libre y gozosamente a la propuesta que Dios le hace por medio del Ángel, y así es como propicia la venida de la plenitud de los tiempos. Ella camina con nosotros, y nosotros podemos contemplar cómo camina con confianza filial.

Por eso en estos retiros estamos volviendo al Nuevo Testamento, sobre todo a los Evangelios, para comprobar que, para las primeras comunidades cristianas la Virgen María, la Madre de Dios no es otra que María de Nazaret. Y esta María sí que está a nuestro alcance como la “primera discípula”, “primera cristiana”, “seguidora de Jesús”. María de Nazaret nos enseña a ser cristianos, comunidad cristiana, Iglesia. María de Nazaret sí que es un modelo para nuestro vivir diario.

En el primer retiro contemplamos a María en la Anunciación; en el segundo, la contemplamos en la Visitación; en el tercero contemplamos a María como Madre. En el cuarto la contemplamos presentando a su Hijo en el Templo, un hecho que va más allá del cumplimiento ritual de la Ley.

Y hoy la vamos a contemplar en esos llamados años “ocultos” de la infancia de Jesús, unos años de los que sabemos poco, unos años no exentos de dificultades y problemas, pero en los cuales María siguió desempeñando una función esencial.

Para la reflexión:

- ¿Cómo explicaría la huida de la Sagrada Familia a Egipto, y su vuelta a Nazaret, con mis propias palabras? ¿Cuál es el sentido de estos dos acontecimientos?
- ¿Qué me llama más la atención?

JUZGAR – HUIDA A EGIPTO

Mt 2, 13-23:

Cuando se marcharon los Magos, el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo:

- Levántate, coge al niño y a su madre y huye a Egipto; quédate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo.

José se levantó, cogió al niño y a su madre de noche; se fue a Egipto y se quedó hasta la muerte de Herodes; así se cumplió lo que dijo el Señor por el Profeta: «Llamé a mi hijo para que saliera de Egipto.»

En este pasaje nos encontramos con Egipto, el anuncio de una persecución y un niño que se salva mientras otros son asesinados. Son elementos que nos remiten a los primeros capítulos del Éxodo, con la historia de Moisés, que vivió circunstancias similares: un soberano cruel, la matanza de niños, su salvación casi milagrosa y su posterior papel como liberador de Israel.

Herodes, el rey malvado, quiere hacer desaparecer a Jesús, pero una acción divina librará del peligro al Niño, por medio de José y María. Como la familia de Jacob siglos antes, la familia de Jesús tiene que emigrar a Egipto.

Esto parecería como un episodio desgraciado en la vida de la familia de Jesús, si no fuera porque la Escritura ofrece una luz que ayuda a comprender los Planes de Dios. El evangelista toma una cita del Profeta Oseas: «Llamé a mi hijo para que saliera de Egipto.» Así pues, Jesús desde Egipto regresará y salvará al pueblo de Israel. Jesús aparece como el nuevo Moisés escogido para una tarea importante y llena de dificultades.

En el relato vemos de nuevo a María y a José en actitud de total obediencia a Dios. Inician el camino que el Ángel ha indicado a José, para vivir en el exilio, como refugiados. Dios habla a través de los sucesos de la vida, también en la actitud de Herodes. Y María sabe que ser Madre de Jesús supone estar con Él cuando la gente quiere adorarle, pero también implica llevarlo contra el pecho, bien seguro y defendiéndolo, en los momentos de peligro.

María sigue conservando todas estas cosas en su corazón, sigue siendo la mujer de la oración en el camino, con el Niño sobre el pecho, en la amenaza y el silencio de la noche, con José como guardián y defensor en el peligro. María sabe que están en las manos de Dios, porque están realizando su Palabra.

María sabe, por el anuncio del Ángel, que el Hijo que ha dado a luz es “Hijo del Altísimo”, y que su reinado no tendrá fin. Y esto lo sigue conservando y meditando en su corazón. Y también tiene presentes las palabras que le dijo el anciano Simeón: la espada del sufrimiento empieza de verdad a traspasarle el corazón.

María sigue siendo la esclava del Señor, y no flaquea, aunque el antiguo interrogante: “¿Cómo será eso?”, sigue estando presente. Mientras va al destierro, María no puede pensar más que en ese Niño que lleva en brazos, y para responder a ese interrogante, María convierte su caminar en oración. Y su oración no la arranca del mundo, ni la conduce a una quietud en la que se esfuman los problemas. Su oración supone llevar al Niño en brazos, protegerle, alimentarle y acunarle en medio del desierto.

María nos enseña a hacer oración también cuando nos sentimos “desterrados”, física, espiritual o emocionalmente. Quizá nos sentimos rechazados, nos invade el miedo, nos sentimos amenazados... pero María nos enseña a seguir caminando adentrándonos a la vez en el misterio de Dios, y a proteger a ese Dios con nosotros que hemos recibido. Orar supone vivir de la Palabra de Dios, manteniendo y protegiendo su presencia entre los riesgos de este mundo.

María nos enseña a orar desde el camino concreto de este mundo, por duras que sean las circunstancias. Orar supone todo lo contrario de evadirse. La oración pone ante Dios nuestro camino y nos invita a compartirlo con otros. Éste ha sido el testimonio permanente de María.

Podemos imaginar las dificultades del camino, el cansancio, las penurias económicas y materiales... Y una vez lleguen allí, serán cuatro o cinco años de exilio, de incertidumbre, de penurias, rodeados de extraños. Pero eso no significa que estuvieran aislados; María permitiría que Jesús pasase su primera infancia jugando con otros niños, aunque fueran paganos, y aprendiendo de ellos. Ella nos muestra todo un ejemplo de tolerancia, respeto y pluralismo, sin renunciar a la propia verdad de fe.

En José, María y Jesús forzados a huir a Egipto descubrimos una situación parecida a la de tantas familias que, hoy también, se ven obligadas a huir apresuradamente frente a los fuertes o prepotentes, y que se ven en la dificultad de integrarse en la sociedad adonde han llegado, sin renunciar a sus raíces. María, Jesús y José no son una familia separada de las más tristes y difíciles situaciones humanas, y nos muestran que, precisamente en estos sufrimientos humanos es donde se introduce la acción salvadora de Dios.

Para la reflexión:

- La huida a Egipto parecería como un episodio desgraciado en la vida de la familia de Jesús, si no fuera porque la Escritura ofrece una luz que ayuda a comprender los Planes de Dios. ¿La Palabra de Dios me ha ayudado o ayuda a iluminar los hechos de mi vida, tanto los alegres como los dolorosos? ¿Cómo?
- María sabe que ser Madre de Jesús supone estar con Él cuando la gente quiere adorarle, pero también implica llevarlo contra el pecho, bien seguro y defendiéndolo, en los momentos de peligro. Cuando llegan las dificultades, ¿procuro seguir “guardando” a Jesús en mi corazón, o “reniego” de Él?
- Medito este párrafo: María nos enseña a hacer oración también cuando nos sentimos “desterrados”, física, espiritual o emocionalmente. Quizá nos sentimos rechazados, nos invade el miedo, nos sentimos amenazados... pero María nos enseña a seguir caminando adentrándonos a la vez en el misterio de Dios, y a proteger a ese Dios con nosotros que hemos recibido. Orar supone vivir de la Palabra de Dios, manteniendo y protegiendo su presencia entre los riesgos de este mundo. ¿Tengo esta actitud de María?
- En José, María y Jesús forzados a huir a Egipto descubrimos una situación parecida a la de tantas familias que, hoy también, se ven obligadas a huir apresuradamente frente a los fuertes o prepotentes, y que se ven en la dificultad de integrarse en la sociedad adonde han llegado, sin renunciar a sus raíces. ¿He vivido yo una situación similar? ¿Cuál es mi actitud hacia las personas inmigrantes con las que me encuentro en la vecindad, en la parroquia...?

JUZGAR – REGRESO A NAZARET

Cuando murió Herodes, el Ángel del Señor se apareció de nuevo en sueños a José en Egipto y le dijo: - Levántate, coge al niño y a su madre y vuélvete a Israel; ya han muerto los que atentaban contra la vida del niño.

Se levantó, cogió al niño y a su madre y volvió a Israel.

Pero al enterarse de que Arquelao reinaba en Judea como sucesor de su padre Herodes tuvo miedo de ir allá. Y avisado en sueños se retiró a Galilea y se estableció en un pueblo llamado Nazaret. Así se cumplió lo que dijeron los profetas, que se llamaría nazareno.

Una vez más, José y María, obedeciendo a Dios, se ponen en camino, esta vez para volver a la tierra de Israel. Pero no regresan a Belén, sino a Galilea, a un pueblo llamado Nazaret. Y de nuevo con su obediencia cumplen el Plan de Dios.

El refugiarse en Galilea y la elección de Nazaret lleva a cumplimiento lo que Dios, por medio de los profetas, había anunciado: que Jesús, aunque nació en Belén, se llamaría Nazareno, no por haber nacido allí, porque había vivido en Nazaret.

Y allí en Nazaret María, por medio de su Hijo, comienza a ejercer su función de Madre del nuevo Pueblo de Dios. Los treinta años vividos en Nazaret no son, por tanto, una especie de “tiempo muerto”, o unos años simplemente preparatorios de lo que Jesús habría de realizar después; tampoco son algo insignificante ante lo verdaderamente importante que sería su vida pública.

La llamada “vida oculta” de Nazaret la vemos como algo “oscuro” sólo porque no podemos satisfacer nuestra curiosidad. Pero son años luminosos si profundizamos en su significado. El Hijo de Dios se manifiesta ya ahí, en el contexto de una vida familiar. Los gestos, las palabras, las costumbres más ordinarias se convierten en irradiación de lo eterno, en sacramento de lo divino, en signo luminoso del “Dios-con-nosotros”.

El Verbo encarnado quiso hacer suyo nuestro camino humano, nuestra historia, nuestro crecimiento humano, físico y espiritual, en el seno de su familia. Crecía en su maduración humana, en los afectos familiares, y en la preparación de su misión.

Jesús fue revelador del rostro del Padre no sólo cuando abandonó su pueblo para anunciar el Evangelio acercándose a los pecadores, pobres, enfermos, excluidos... sino también en el marco modesto de su casa.

Jesús se acercó a la gente, compartió su suerte, conoció sus problemas, dificultades y sufrimientos, y les mostró el amor de Dios, no sólo cuando “salió” de su casa para recorrer los caminos de Palestina, sino también cuando permaneció en el ambiente doméstico de su casa, siendo cuidado, alimentado y educado por María y José.

La casa de Nazaret por tanto no es una especie de “sala de espera” antes de que Jesús se manifestase al mundo. La familia de Nazaret, en su pequeñez y “vulgaridad”, es ya lugar de presencia y revelación de Dios con los hombres. La gran tarea que a Jesús le espera no se improvisa, exige una larga preparación, en el silencio y normalidad de un hogar y de unos años de trabajo oculto y perseverante en Nazaret.

Y en esta “vida oculta”, María desempeñó, junto con José, un papel insustituible. Jesús fue educado, creció, recibió y dio amor, aprendió, trabajó, adquirió unos valores en el ambiente ordinario de una familia común de su tiempo y lugar. José, al enseñarle el duro trabajo de carpintero, permitió a Jesús insertarse en el mundo del trabajo y en la vida social.

En María vemos que no sólo es madre la mujer que da a luz un niño, sino también la que lo cría y lo educa; más aún, podemos muy bien decir que la misión de educar es, según el Plan divino, una prolongación natural de la procreación. María es Madre de Dios no sólo porque engendró y dio a luz al Hijo de Dios, sino también porque lo acompañó en su crecimiento humano y espiritual.

Los dones especiales con los que Dios había colmado a María la hacían especialmente apta para desempeñar la misión de madre y educadora. En las circunstancias concretas de cada día, Jesús podía encontrar en ella un modelo para seguir e imitar, y un ejemplo de amor perfecto a Dios y a los hermanos.

María fue, junto con José, quien introdujo a Jesús en la Torá, en los ritos y prescripciones de Moisés, en la oración al Dios de la Alianza mediante el uso de los Salmos y en la historia del pueblo de Israel centrada en el Éxodo de Egipto. De ella y de José aprendió Jesús a frecuentar la sinagoga y a realizar la peregrinación anual a Jerusalén con ocasión de la Pascua.

En el contacto con Jesús, mientras crecía, María se esforzaba por penetrar en el Misterio de su Hijo, contemplando y adorando. Cada día de intimidad con Él constituye una invitación a conocerlo mejor, a descubrir más profundamente el significado de su presencia y el Misterio de su Persona.

La comunión de vida con Jesús, en la casa de Nazaret, llevó a María no sólo a avanzar en la peregrinación de la fe, sino también en la esperanza. Esta virtud, alimentada y sostenida por el recuerdo de la Anunciación y de las palabras de Simeón, abraza toda la existencia terrena de la llena de gracia, pero la practicó particularmente en los treinta años de silencio y su “vida oculta” que pasó en Nazaret.

Entre las paredes del hogar, María vive la esperanza de forma intensa, sabe que no puede quedar defraudada, aunque no conoce los tiempos y los modos con que Dios realizará su promesa. En la oscuridad de la fe, y a falta de signos extraordinarios que anuncien el inicio de la misión mesiánica de su Hijo, Ella espera, más allá de toda evidencia, aguardando de Dios el cumplimiento de la promesa. Y por eso, más tarde, María, de «maestra» de su hijo, se convirtió en humilde discípula del divino Maestro engendrado por ella.

Para la reflexión:

- Los treinta años vividos en Nazaret no son una especie de “tiempo muerto”, o unos años simplemente preparatorios de lo que Jesús habría de realizar después; tampoco son algo insignificante ante lo verdaderamente importante que sería su vida pública. ¿Sé valorar en las personas y en mí esos “años ocultos”, o sólo me fijo en los acontecimientos destacables?

- En esta “vida oculta”, María desempeñó, junto con José, un papel insustituible. Jesús fue educado, creció, recibió y dio amor, aprendió, trabajó, adquirió unos valores en el ambiente ordinario de una familia común de su tiempo y lugar. José, al enseñarle el duro trabajo de carpintero, permitió a Jesús insertarse en el mundo del trabajo y en la vida social. ¿En qué sentido te ha configurado tu familia? ¿Qué importancia ha tenido o tiene para tu vivencia de la fe cristiana?
- En María vemos que no sólo es madre la mujer que da a luz un niño, sino también la que lo cría y lo educa. María es Madre de Dios no sólo porque engendró y dio a luz al Hijo de Dios, sino también porque lo acompañó en su crecimiento humano. ¿Ejerzo algún tipo de “maternidad espiritual” al estilo de María?
- María fue, junto con José, quien introdujo a Jesús en la Torá, en los ritos y prescripciones de Moisés, en la oración al Dios de la Alianza mediante el uso de los Salmos y en la historia del pueblo de Israel centrada en el éxodo de Egipto. De ella y de José aprendió Jesús a frecuentar la sinagoga y a realizar la peregrinación anual a Jerusalén con ocasión de la Pascua. Tanto si ejerzo una maternidad carnal como una espiritual, ¿me esmero en la educación en la fe de quienes están a mi cargo? ¿Predico con el ejemplo?
- Entre las paredes del hogar, María vive la esperanza de forma intensa, sabe que no puede quedar defraudada, aunque no conoce los tiempos y los modos con que Dios realizará su promesa. En la oscuridad de la fe, Ella espera, más allá de toda evidencia, aguardando de Dios el cumplimiento de la promesa. ¿Tengo esta actitud de fe y esperanza?

ACTUAR:

La mayoría de nosotros hemos recibido la vida, las tradiciones y la fe en medio de una familia como la que tuvo Jesús. En nuestra historia familiar encontraremos también episodios duros, dolorosos, quizás no del mismo tipo que los que vivieron José, María y Jesús, pero que han supuesto una dura prueba para los miembros de nuestra familia.

Por eso, en las vicisitudes de la Sagrada Familia y en su modo de afrontarlas aprendemos a descubrir que Dios conduce nuestra historia e ilumina su sentido con su Palabra. Su meditación nos puede dar luz para entrever los planes y caminos del Señor para nosotros.

Un **primer** aspecto a tener en cuenta es que, como María tenía la conciencia de cumplir una misión que Dios le había encomendado, atribuía un significado más alto a su vida cotidiana. Los sencillos y humildes quehaceres de cada día asumían, a sus ojos, un valor singular, pues los vivía como servicio a la misión de Cristo.

Los años que vivió María en la casa de Nazaret revelan las enormes potencialidades de amor auténtico y, por consiguiente de salvación, que contiene la vida cotidiana. La sencillez de los padres y madres que consideran su vida familiar, su trabajo doméstico, como misión de servicio y de amor, encierra un valor extraordinario a los ojos del Señor.

El ejemplo de María ilumina y estimula la experiencia de tantas mujeres y hombres que realizan sus labores diarias principalmente entre las paredes del hogar. Se trata de un trabajo humilde, oculto, repetitivo que, a menudo, no se aprecia nada.

Un **segundo** aspecto es la función educadora de María: ayudó a su Hijo Jesús a crecer, desde la infancia hasta la edad adulta, «en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres» (Lc 2, 52) y a formarse para su misión. María y José aparecen como modelos de todos los padres en su función de educadores. Su experiencia educadora constituye un punto de referencia para los padres cristianos, que están llamados en condiciones cada vez más complejas y difíciles, a ponerse al servicio del desarrollo integral de la persona de sus hijos e hijas, para que lleven una vida digna y que, además, responda al Proyecto de Dios para ellos.

Y en **tercer** lugar, la casa de Nazaret, se convierte en un ambiente de crecimiento en la fe y de la esperanza y, por eso mismo, en lugar de un alto testimonio del amor. El amor que Cristo deseaba extender en el mundo se enciende y arde ante todo en el corazón de María; es precisamente en el hogar donde se prepara el anuncio del Evangelio del Amor divino.

Dirigiendo la mirada a Nazaret y contemplando el Misterio de la vida oculta de Jesús y de María y José, somos invitados a meditar una vez más en el misterio de nuestra vida misma que, como recuerda san Pablo, «está oculta con Cristo en Dios». A menudo se trata de una vida humilde y oscura a los ojos del mundo, pero que, en la escuela de María, la Madre de Cristo y Madre nuestra, puede revelar potencialidades inesperadas de salvación, porque aprendemos a irradiar el amor y la paz de Cristo.

Para la reflexión:

- Como María tenía la conciencia de cumplir una misión que Dios le había encomendado, atribuía un significado más alto a su vida cotidiana. Los sencillos y humildes quehaceres de cada día asumían, a sus ojos, un valor singular, pues los vivía como servicio a la misión de Cristo. ¿Tengo conciencia de haber recibido una misión, que he de realizar en mi vida cotidiana? ¿Cómo valoro mis quehaceres de cada día?
- María y José aparecen como modelos de todos los padres en su función de educadores de sus hijos, para que lleven una vida digna y que, además, responda al Proyecto de Dios para ellos. ¿Sé transmitir a quienes tengo a mi cargo que Dios tiene un proyecto para ellos?
- La casa de Nazaret, se convierte en un ambiente de crecimiento en la fe y de la esperanza y, por eso mismo, en lugar de un alto testimonio del amor. ¿He vivido este ambiente en mi familia? ¿Procuro que en “mi casa” estén presentes la fe, la esperanza y el amor?
- Como recuerda san Pablo, «está oculta con Cristo en Dios». A menudo se trata de una vida humilde y oscura a los ojos del mundo, pero que, en la escuela de María, la Madre de Cristo y Madre nuestra, puede revelar potencialidades inesperadas de salvación, porque aprendemos a irradiar el amor y la paz de Cristo. ¿Descubro nuevas potencialidades en mi vida, o creo que “ya está todo hecho”?

FAMILIA DE NAZARETH

Al marcharse los Magos un Ángel dijo a José:
“Huye con la Madre y el Niño que Herodes busca al nuevo Rey”
Entonces a Egipto marcharon hasta que pudieran volver
y habiendo pasado el peligro tornaron hacia Nazareth.

FAMILIA DE NAZARETH, HUMILDE Y SENCILLA QUE VIVE LA FE
JESÚS, MARÍA Y JOSÉ, SON SIGNO DEL DIOS QUE EN SU AMOR
SE HACE VER

Llevaron los padres al niño al Templo y dijo Simeón:
“Al Salvador por fin he visto, ¡ya puedes llevarme Señor!”
También Ana daba a Dios gracias pues vio a quien espera Israel
y en sabiduría y en gracia el niño creció en Nazareth.

Jesús con doce años cumplidos, quedó sólo en Jerusalén
sus padres lo habían perdido, tres días pasaron sin Él.
Al fin al hallarlo en el Templo María reprocha un “¿por qué?”
y Él dice: “Cosas de mi Padre son las que debía atender”



<https://www.youtube.com/watch?v=nv96Kw3wY7o>

RETIRO: “MARÍA EN EL NUEVO TESTAMENTO”

V.- HUIDA A EGIPTO Y REGRESO A NAZARET.

(Extraído de las revistas “Orar”, “Dabar”, “La Casa de la Biblia”, material de ACG, y otros)

VER:

- ¿Cómo explicaría la huida de la Sagrada Familia a Egipto, y su vuelta a Nazaret, con mis propias palabras? ¿Cuál es el sentido de estos dos acontecimientos?
- ¿Qué me llama más la atención?

JUZGAR – HUIDA A EGIPTO (Mt 2, 13-15):

Cuando se marcharon los Magos, el Ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo:

- Levántate, coge al niño y a su madre y huye a Egipto; quédate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo.

José se levantó, cogió al niño y a su madre de noche; se fue a Egipto y se quedó hasta la muerte de Herodes; así se cumplió lo que dijo el Señor por el Profeta: «Llamé a mi hijo para que saliera de Egipto.»

- La huida a Egipto parecería como un episodio desgraciado en la vida de la familia de Jesús, si no fuera porque la Escritura ofrece una luz que ayuda a comprender los Planes de Dios. ¿La Palabra de Dios me ha ayudado o ayuda a iluminar los hechos de mi vida, tanto los alegres como los dolorosos? ¿Cómo?
- María sabe que ser Madre de Jesús supone estar con Él cuando la gente quiere adorarle, pero también implica llevarlo contra el pecho, bien seguro y defendiéndolo, en los momentos de peligro. Cuando llegan las dificultades, ¿procuro seguir “guardando” a Jesús en mi corazón, o “reniego” de Él?
- Medito este párrafo: María nos enseña a hacer oración también cuando nos sentimos “desterrados”, física, espiritual o emocionalmente. Quizá nos sentimos rechazados, nos invade el miedo, nos sentimos amenazados... pero María nos enseña a seguir caminando adentrándonos a la vez en el misterio de Dios, y a proteger a ese Dios con nosotros que hemos recibido. Orar supone vivir de la Palabra de Dios, manteniendo y protegiendo su presencia entre los riesgos de este mundo. ¿Tengo esta actitud de María?
- En José, María y Jesús forzados a huir a Egipto descubrimos una situación parecida a la de tantas familias que, hoy también, se ven obligadas a huir apresuradamente frente a los fuertes o prepotentes, y que se ven en la dificultad de integrarse en la sociedad adonde han llegado, sin renunciar a sus raíces. ¿He vivido yo una situación similar? ¿Cuál es mi actitud hacia las personas inmigrantes con las que me encuentro en la vecindad, en la parroquia...?

JUZGAR – REGRESO A NAZARET (Mt 2, 19-23)

Cuando murió Herodes, el ángel del Señor se apareció de nuevo en sueños a José en Egipto y le dijo: —Levántate, coge al niño y a su madre y vuélvete a Israel; ya han muerto los que atentaban contra la vida del niño.

Se levantó, cogió al niño y a su madre y volvió a Israel.

Pero al enterarse de que Arquelao reinaba en Judea como sucesor de su padre Herodes tuvo miedo de ir allá. Y avisado en sueños se retiró a Galilea y se estableció en un pueblo llamado Nazaret. Así se cumplió lo que dijeron los profetas, que se llamaría nazareno.

- Los treinta años vividos en Nazaret no son una especie de “tiempo muerto”, o unos años simplemente preparatorios de lo que Jesús habría de realizar después; tampoco son algo insignificante ante lo verdaderamente importante que sería su vida pública. ¿Sé valorar en las personas y en mí esos “años ocultos”, o sólo me fijo en los acontecimientos destacables?

- En esta “vida oculta”, María desempeñó, junto con José, un papel insustituible. Jesús fue educado, creció, recibió y dio amor, aprendió, trabajó, adquirió unos valores en el ambiente ordinario de una familia común de su tiempo y lugar. José, al enseñarle el duro trabajo de carpintero, permitió a Jesús insertarse en el mundo del trabajo y en la vida social. ¿En qué sentido te ha configurado tu familia? ¿Qué importancia ha tenido o tiene para tu vivencia de la fe cristiana?
- En María vemos que no sólo es madre la mujer que da a luz un niño, sino también la que lo cría y lo educa. María es Madre de Dios no sólo porque engendró y dio a luz al Hijo de Dios, sino también porque lo acompañó en su crecimiento humano. ¿Ejerzo algún tipo de “maternidad espiritual” al estilo de María?
- María fue, junto con José, quien introdujo a Jesús en los ritos y prescripciones de Moisés, en la oración al Dios de la alianza mediante el uso de los salmos y en la historia del pueblo de Israel centrada en el éxodo de Egipto. De ella y de José aprendió Jesús a frecuentar la sinagoga y a realizar la peregrinación anual a Jerusalén con ocasión de la Pascua. Tanto si ejerzo una maternidad carnal como una espiritual, ¿me esmero en la educación en la fe de quienes están a mi cargo? ¿Predico con el ejemplo?
- Entre las paredes del hogar, María vive la esperanza de forma intensa, sabe que no puede quedar defraudada, aunque no conoce los tiempos y los modos con que Dios realizará su promesa. En la oscuridad de la fe, Ella espera, más allá de toda evidencia, aguardando de Dios el cumplimiento de la promesa. ¿Tengo esta actitud de fe y esperanza?

ACTUAR:

- Como María tenía la conciencia de cumplir una misión que Dios le había encomendado, atribuía un significado más alto a su vida cotidiana. Los sencillos y humildes quehaceres de cada día asumían, a sus ojos, un valor singular, pues los vivía como servicio a la misión de Cristo. ¿Tengo conciencia de haber recibido una misión, que he de realizar en mi vida cotidiana? ¿Cómo valoro mis quehaceres de cada día?
- María y José aparecen como modelos de todos los padres en su función de educadores de sus hijos, para que lleven una vida digna y que, además, responda al proyecto de Dios para ellos. ¿Sé transmitir a quienes tengo a mi cargo que Dios tiene un proyecto para ellos?
- La casa de Nazaret, se convierte en un ambiente de crecimiento en la fe y de la esperanza y, por eso mismo, en lugar de un alto testimonio del amor. ¿He vivido este ambiente en mi familia? ¿Procuro que en “mi casa” estén presentes la fe, la esperanza y el amor?
- Como recuerda san Pablo, «está oculta con Cristo en Dios». A menudo se trata de una vida humilde y oscura a los ojos del mundo, pero que, en la escuela de María, la Madre de Cristo y Madre nuestra, puede revelar potencialidades inesperadas de salvación, porque aprendemos a irradiar el amor y la paz de Cristo. ¿Descubro nuevas potencialidades en mi vida, o creo que “ya está todo hecho”?

Al marcharse los Magos un Ángel dijo a José:

“Huye con la Madre y el Niño que Herodes busca al nuevo Rey”

Entonces a Egipto marcharon hasta que pudieran volver
y habiendo pasado el peligro tornaron hacia Nazareth.

FAMILIA DE NAZARETH, HUMILDE Y SENCILLA QUE VIVE LA FE
JESÚS, MARÍA Y JOSÉ, SON SIGNO DEL DIOS QUE EN SU AMOR
SE HACE VER

Llevaron los padres al niño al Templo y dijo Simeón:

“Al Salvador por fin he visto, ¡ya puedes llevarme Señor!”

También Ana daba a Dios gracias pues vio a quien espera Israel
y en sabiduría y en gracia el niño creció en Nazareth.

Jesús con doce años cumplidos, quedó sólo en Jerusalén
sus padres lo habían perdido, tres días pasaron sin Él.
Al fin al hallarlo en el Templo María reprocha un “¿por qué?”
y Él dice: “Cosas de mi Padre son las que debía atender”

